

Cátedra, Pedro M. y Rojo Vega, Anastasio. *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*. Soria/Madrid: Instituto de Historia del Libro y la Lectura, 2004. 405 págs.

A partir de la discusión que ha surgido alrededor de la recepción de la literatura y el uso real (o por lo menos documentado) del libro en el pasado, los investigadores Pedro Cátedra y Anastasio Rojo plantean en este texto una cuidadosa reflexión acerca de la formación de lectoras en la Valladolid del siglo XVI, más específicamente, entre 1529 y 1599. A lo largo de su trabajo, proponen una serie de conjeturas sobre los textos que leían las mujeres de diversas capas de la sociedad, su posibilidad de adquisición de los mismos, su interés por otras lecturas además de las litúrgicas o espirituales y, lo más importante, su nivel de alfabetización como medio de independencia frente a su situación social (de casadas, viudas, religiosas, etc.).

Para esto se parte de la base de que las mujeres hasta finales del siglo XV y principios del XVI aparecían en la sociedad como lectoras anónimas. Sin embargo, dadas las necesidades comerciales, principalmente, se empezó a considerar a este sector como un sujeto real, que tenía la posibilidad de alfabetizarse y sostener lecturas, tanto grupales como individuales de diferentes materias. El caso más común es el de aquellas mujeres, generalmente de la clase emergente, que podían (o debían) ayudarle a sus esposos a llevar las cuentas de sus negocios y, por lo tanto, gozaban de las bases de la lectura (y a veces de la escritura). Este caso se presenta como una de las diversas consecuencias que le trajo a Valladolid haber sido la residencia de la Corte a lo largo de la Edad Media hasta 1600 (18) ya que el acceso a la lectura llegó por medio de algunas de las diversas órdenes religiosas y eventos culturales solicitados por los monarcas.

Valladolid gozó durante el periodo ya mencionado de una alta tasa de alfabetización y, según testamentos, pudo constatarse que menos del 55% de la población carecía de ésta (42). Lo fundamental de este dato radica en que muchos de los vallisoletanos que tuvieron la posibilidad de ser educados pertenecían a clases sociales populares o en ascenso, lo que abre el espectro de consideraciones sobre la lectura no ya como un privilegio de las clases más pudientes, sino de cualquier persona que lo necesitara y pudiera costearlo.

La entrada del libro al mundo privado generó una serie de debates especialmente entre los erasmistas y los moralistas, quienes vieron enfrentadas sus opiniones con respecto al hecho de que las mujeres tuvieran acceso a la lectura. Tanto Erasmo como Cherubino de Siena defendieron la alfabetización de las mujeres para que sirvieran de educadoras de sus hijos y convirtieran en maestros a sus esposos, a la par que las alejaba del pecado y la ociosidad (46). Esta posición abre las puertas del carácter didáctico de la lectura, que involucra no sólo a quienes están frente a frente con el texto, sino también a todos aquellos que rodean a la lectora. Sin embargo, los moralistas se vieron en la tarea de defender la pureza espiritual y corporal de las mujeres, sosteniendo que éstas, al acceder a la lectura, adquirirían derecho de intervenir en asuntos masculinos que conducían a la comunicación con el exterior y, por lo tanto, al contacto con las corrupciones de la cotidianidad. Los investigadores ponen al descubierto, así, una importante preocupación del hombre renacentista frente a la función social de la lectura y sus diferentes implicaciones y utilidades dependiendo del género y la clase social de los lectores.

No es de extrañarse, entonces, que mientras los intelectuales se debatían sobre si las mujeres debían leer o no, éstas siguieran el camino inevitable que habría de trazar el libro; la alfabetización fue poblando diversos ámbitos de la vida cotidiana, y fue así como se reconocieron tres niveles de enseñanza: el familiar, el parroquial y el escolar (50). El nivel familiar era, por supuesto, el más económico, pero el parroquial y el escolar garantizaban (en cierta medida) alguna posibilidad de ascender o mantener una clase social; no obstante, la utilidad de que una mujer fuera alfabetizada dependía también de cuál era el rol que desempeñaba. Así, dentro de las clases artesanales se descubrió una estrecha relación entre la lectura y la escritura y la vinculación a un oficio que exigía la puesta en práctica de éstas (59). En este punto es necesario resaltar el lazo que se crea entre la actividad de leer y la de pertenecer a un mundo que empieza a dibujarse como práctico y mercantilista. A aquellas mujeres que desempeñaron oficios relacionados con el dinero, la lectura les proporcionó una capacidad de desenvolvimiento que respondió algunas preguntas sobre la utilidad de dedicarle tiempo a esta actividad, ya que para esta época no era sólo una cuestión de entretenimiento o de oración.

Una vez establecida la relación entre lectura y sociedad, Rojo y Cátedra pasan al tema de “Bibliotecas y lecturas de mujeres” (70). La pregunta fundamental de este apartado radica en la definición de biblioteca como espacio dedicado a los libros, ya que en muchos de los testamentos consultados encontraron que las mujeres poseían sólo un libro o dos, y puesto que las mujeres estaban siendo consideradas como lectoras individuales, era necesario comprender que existía, por ende, una “posesión intelectual”. Para finales de la Edad Media la biblioteca se relacionaba generalmente con el academicismo monástico o al menos con un espacio dedicado al saber y, por esta razón, resultaba un tanto contradictorio pensar la biblioteca dentro de un ámbito femenino. De la misma forma, es necesario reflexionar detenidamente sobre el concepto de “bibliotecas de mujeres”, ya que algunas de éstas no eran específicamente para la mujer sino que se habían formado a partir de herencias de familia, en las cuales era posible encontrar textos de historia, geografía y de medicina u otros oficios.

A partir de este hecho, los investigadores constataron que en algunos casos los libros eran adquiridos o bien vendidos por mujeres en almonedas luego de la muerte de sus maridos, y que la entrada de éstos a las bibliotecas (en el caso de la compra) era una señal de “sospecha” para pensar que ellas, por el hecho de que los tuvieran, los hubieran leído. Por lo tanto, no siempre podía confiarse en las bibliotecas de mujeres (hablando de lecturas) que aparecen en los testamentos, pues aunque resultan ser una de las fuentes fundamentales para la investigación algunas veces aparecen como equívocas.

Dentro de las lecturas que aparecieron como más constantes en el mundo femenino, los principales textos fueron los litúrgicos y espirituales. Las mujeres empezaron a convertirse no sólo en un grupo social que leía sino también en un destino “práctico” para promocionar un libro espiritual (91). Este importante hecho conduce necesariamente a pensar en el libro como un objeto de comercio que encontró en las mujeres una nueva forma de difundirse y de competir con otros; encontró un público lector más amplio al cual dirigirse, pues ya no eran sólo las monjas quienes tenían la capacidad de difundir sus contenidos, sino también muchas de las mujeres tanto de la aristocracia como de las capas inferiores.

Este interés en la lectura generó que algunas mujeres compraran a crédito los libros a lo largo del siglo XVI (94-95), hecho que complementa esa formación de lectoras activas dentro de una sociedad, pues aquellas que gozaban de cierta independencia salie-

ron a las imprentas a conseguir lo que era de su gusto. La fortuna de que se adquirieran los libros de tal forma hizo que Cátedra y Rojo pudieran obtener valiosa información yendo a las “memorias de deudores” y comprobaran que dentro de la construcción de lectoras también cabía pensar en la mujer como adquisidora de sus propios libros. Por otro lado, para aquellas a quienes les resultaba imposible convertirse en compradoras directas, el elemento masculino fue de gran ayuda, pues fue por medio de ellos que pudieron llegar a las lecturas deseadas.

Como se mencionó anteriormente, las obras espirituales y litúrgicas fueron las más recurrentes en la lectura femenina, aunque según los detallados inventarios que presentan Cátedra y Rojo en su investigación, no excluyen la presencia de otros textos que cobraron la atención femenina. Dentro de estos se encuentran obras de historia, gramática, música y, por supuesto, de prosa profana como la ficción caballescica, que se encontraba en boga por aquella época. Los moralistas, preocupados por esta afición, determinaron catalogar los libros de caballerías como un ejemplo de la pérdida de la moral y los valores por parte de las mujeres y los añadieron a la lista de índices inquisitoriales porque no reflejaban la realidad, y por ningún motivo eran dignos de imitar. Sin embargo, este tipo de textos no desapareció de la vida femenina y, aun más, mujeres como Santa Teresa de Jesús admitieron ser aficionadas a la lectura de dichas aventuras (166).

La Inquisición jugó un papel fundamental dentro del proceso de formación de lectoras vallisoletanas, no sólo por tomar partido frente a la ficción profana, sino también porque ejercieron un efecto radical en el pensamiento de autocensura, que logró una disminución notable en la posesión de libros. Para 1559, los índices replegaron la diversidad de lecturas y estrangularon “la posibilidad de independencia espiritual y auto-cultivo intelectual” que se habían ganado las mujeres (140), hecho fundamental para entender que los efectos que estaba produciendo la lectura eran bastante notables y que de alguna forma estaban confrontando la autoridad moral con la necesidad de enriquecimiento intelectual.

Para finalizar, es necesario resaltar la importancia del libro en relación con el espacio en el que éste es utilizado. Muchas mujeres utilizaban el oratorio como el lugar apropiado para realizar su lectura mental y en las láminas incluidas dentro de la investigación se ve en repetidas ocasiones representada a la mujer en un espacio

apartado y tranquilo. Esto determinó en cierta medida la evolución física del libro, de pesados y poco prácticos folios a pequeños y livianos libros que las mujeres pudieran sostener en sus manos mientras realizaban la lectura (188). La necesidad de pensar en un lugar dedicado a esta práctica marca un paso en el proceso de individualización del lector, pasando de lecturas compartidas, grupales y en voz alta, a la soledad del recinto y la reflexión silenciosa que es tan natural hoy en día.

Sin duda, esta investigación genera una profunda reflexión en torno a todas aquellas preguntas del pasado que es necesario responder para entender las diversas perspectivas sobre el ejercicio de la lectura en el presente. La historia de los lectores y de los libros procura hacer más evidente la necesidad de entender por qué se lee, cómo se lee y desde cuándo se lee, y el efecto que ejerce esta actividad en la vida cotidiana. La propuesta fundamental de *Bibliotecas y lecturas de mujeres* es hacer volver al lector del siglo XXI sobre todo aquello que parece tan natural y sobre lo que no muchas veces se preocupa: cómo pensar la biblioteca, por qué es necesario pensar la posesión del libro, cómo las mujeres, como lectoras, intervinieron (indirectamente) en la producción intelectual y religiosa de las diversas obras; en suma, por qué el libro representa, de alguna manera, la individualidad de quien lo posee y lo lee.

Universidad Nacional de Colombia

Lina Cuéllar Wills

Lucía Megías, José Manuel. *De los libros de caballerías manuscritos al Quijote*. Madrid: SIAL Ediciones, 2004. 316 págs.

A partir de las fuertes críticas en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, donde el amigo del yo del prólogo afirma que la escritura del Quijote “no mira a más que a *desbacer* la autoridad y la cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías”, y de la fuerte crítica que realiza el canónigo en el capítulo XLVII llegando a concluir que todos los libros de caballerías “cuál más, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tienen más este que aquel, ni estrotro que el otro”, siendo “ajenos de todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil”, se ha generalizado una mala y escueta